

## 7. CONCLUSIÓN

Los sucesos de 1789 en Francia, que ahora parecen señalar tan claramente el comienzo de una nueva época en la historia de Europa y del mundo —la reunión de los estados generales en mayo, la toma de la Bastilla en julio, y la violenta destrucción del "feudalismo" por el espontáneo y desorganizado movimiento campesino en el verano de ese año— no fueron vistos bajo esta luz por la mayoría de los contemporáneos. Para muchos de ellos, el comienzo de la revolución pareció ser el resultado más o menos natural de la situación en la cual se encontraba Francia en la década de 1780, y de su historia en el siglo XVIII.

Este punto de vista es comprensible y en gran parte justificado. Lo que hizo inevitable el levantamiento en Francia fue la incapacidad de la monarquía para dirigir los sucesos, lo incoherente e irracional de la engorrosa administración y, sobre todo, el egoísmo e irresponsabilidad de los grupos e instituciones privilegiados que tanto llenaron la vida de Francia y gran parte del resto de Europa. El primero de estos factores en parte fue resultado de las deficiencias personales de Luis XVI, bien intencionado pero débil, tímido y totalmente desconocedor de su pueblo y sus problemas. Pero en gran parte —a diferencia del segundo y tercer factores que lo fueron completamente— fue consecuencia de la forma en que se había permitido que se desarrollaran la vida y el gobierno francés durante generaciones pasadas. El poder del privilegio, producido de la historia y de la tradición, destruyeron el antiguo régimen en Francia; las ideas radicales e incluso el sufrimiento general del pueblo por sí solos no hubieran podido

220

## CONCLUSIÓN

221

lograr esto. Por la brecha que abrieron en la vieja estructura del poder avanzó, al principio tanteando, pero pronto irresistiblemente, la fuerza de la ambición y el descontento de la clase media. Esto revelado ahora como el elemento más dinámico y constructivo en la vida francesa, fue en sí el resultado del desarrollo económico e intelectual de las décadas anteriores, y particularmente de la última generación.

Para 1786 el gobierno francés efectivamente estaba en bancarota; y el *Contrôleur-Général des Finances*, Calonne, propuso elevar el nuevo presupuesto de gastos, lo cual ya se necesitaba urgentemente, por medio de un nuevo impuesto sobre la tierra. Este había de aplicarse uniformemente y sin exenciones. Aún más, su recaudación estaría vigilada por un sistema de nuevas asambleas locales, cuyos miembros habrían de escogerse de entre todas las clases sociales. Esto, aunado a fuertes reducciones del gasto gubernamental y a cierto número de reformas relativamente menores (especialmente una extensión del impuesto del timbre), permitiría al gobierno —así lo creía Calonne— superar sus aterradoras dificultades financieras. Estas propuestas estaban lejos de limitarse a las finanzas. El nuevo impuesto sobre la tierra y su administración socavarían la estructura del privilegio fiscal y político existente en Francia, el cual difícilmente podía esperar recuperarse de este golpe. Por consiguiente, los planes de Calonne estaban condenados a encontrar una oposición sostenida por parte de los *parlements*, de la jerarquía eclesiástica y de gran parte de la nobleza. Esta oposición, aliada con un generalizado y en gran parte injustificado miedo popular al "despotismo ministerial" y al derrumbe de la estructura de los derechos tradicionales que

en Francia hacia las veces de Constitución, anularon sus planes y abrieron la puerta a la Revolución.

La Asamblea de los Nobles (funcionarios de los *parlements* y de las posesiones provinciales, grandes nobles, dignatarios eclesiásticos y funcionarios del gobierno), que se reunió a principios de 1787, no aceptó las propuestas de Calonne, y al hacerlo obtuvo un gran apoyo público. A principios de abril, Calonne fue destituido por Luis XVI, y su sucesor, Loménie de Brienne, intentó pasar una versión ligeramente modificada de sus planes, destruyendo el poder del Parlamento de París, cuyos miembros fueron exiliados a Troyes. Este esfuerzo por anular una oposición privilegiada contra la reforma fue aún menos exitoso que las tácticas contra conciliatorias de Calonne. Para fines de septiembre había habido que retirar el nuevo impuesto sobre la tierra, y el *parlement* había regresado en triunfo a la capital. En mayo de 1788, después de denunciar abiertamente el gobierno supuestamente arbitrario del rey y sus ministros, los tribunales judiciales fueron rodeados por tropas, los líderes del Parlamento de París fueron detenidos, y los poderes de los *parlements* de toda Francia fueron abolidos por decreto. El resultado fue el virtual derrumbe de la autoridad del gobierno. La debilidad de la monarquía, que había estado aumentando durante casi tres generaciones, ahora estaba claramente expuesta a la luz pública. El clero y la nobleza apoyaron a los *parlements*, que también recibieron un apoyo general de la opinión pública. En muchas ciudades provinciales se desataron los disturbios y fueron atacados los funcionarios del gobierno; el derrumbe del orden público que habría de caracterizar todo el curso de la Revolución ya era inminente. El

gobierno, cada vez más impotente, se tuvo que rendir de nuevo. Brienne fue reemplazado por Necker, quien había sido Contrôleur-Général en 1777-81, y que gozaba de una alta y probablemente excesiva reputación de capacidad y probidad. Los *parlements* fueron llamados de nuevo. Sobre todo, se acordó que los estados generales, el cuerpo representativo medieval organizado sobre una base de órdenes sociales (clero, nobleza y tercer estado), que no se habían reunido desde 1614, deberían convocarse para mayo de 1789. Su convocatoria había sido una de las principales demandas de los opositores del gobierno, y la única constructiva, ya desde principios de 1787.

El conservadurismo privilegiado parecía haber obtenido una victoria completa. De nuevo, como en los conflictos con el Parlamento de París en 1720 y 1771-4, o en la gran batalla sobre las propuestas para nuevas contribuciones en 1749-51 (véase pp. 140-41), se habían demostrado la debilidad esencial de la monarquía y una falta de energía y de determinación por parte del soberano. A principios de 1789, algunos observadores pudieron creer que el resultado de la "revuelta aristocrática" de 1787-88 sería un mayor fortalecimiento de la posición y de las prerrogativas de los grupos privilegiados de la sociedad francesa. Pero estos grupos ya habían preparado el campo para una revolución verdadera. Para los últimos meses de 1788 y los primeros de 1789, los miembros del tercer estado, no privilegiados, pero frecuentemente educados y capaces, estaban empezando a sentirse cada vez más aptos para desempeñar un papel más importante que hasta entonces, acaso un papel dominante, en el gobierno de Francia. Para enero de 1789, en el más famoso de to-

## CONCLUSIÓN

dos los cientos de folletos producidos durante estos meses, Sieyès pudo pregonar que el tercer estado era la nación, y que la minoría privilegiada, una mera excrecencia de la vida nacional, no tenía derechos que debieran respetarse. Sobre todo, la desastrosa escasez de alimentos y los altos precios, prohibido de las malas cosechas de 1787-88, estaban generando el espíritu de una verdadera revolución popular. En las ciudades, aldeanos medio muertos de hambre, y trabajadores urbanos y frecuentemente desocupados, estaban puestos a atacar al gobierno y a sus agentes, y sobre todo los derechos y las pretensiones de los terratenientes y toda la superviviente estructura del "feudalismo" existente en la provincia francesa. Durante unos movimientos contra el antiguo régimen, el movimiento verdaderamente un movimiento de ser verdaderamente un movimiento de las masas.

La caída del gobierno real en Francia en 1787-88 fue decisiva para determinar la dirección de los sucesos. Demostró que el antiguo régimen había sido debilitado fatalmente desde adentro, aun antes de darse la verdadera Revolución. Sin embargo, no había nada inevitable en este derrumbe. A principios del siglo la monarquía francesa era sin duda la más poderosa de Europa, y el sistema administrativo francés era, en muchas formas, un modelo para el resto del Continente. La historia de la Francia del siglo XVIII está plagada de oportunidades perdidas. Si Luis XV y Luis XVI hubieran sido hombres más fuertes e inteligentes, si hubieran apoyado más eficazmente a los capaces y reformadores ministros que tuvieron a su disposición, tales como Machault, Turgot y Maupeou; si las presiones de la tradición que los obligaban a ir

## CONCLUSIÓN

a guerras costosas y prolongadas hubieran sido menos o se hubieran resistido más eficazmente, el resultado pudo haber sido muy diferente. La Revolución no fue causada meramente por las condiciones de hambre casi general del invierno de 1788 y de la primavera y el verano de 1789, la monarquía había resistido anteriormente crisis económicas más serias. Se debió a menos a la difusión de nuevas ideas sociales y políticas, ya que éstas sólo eran accesibles a los educados y frecuentemente de poco efecto aun dentro de este círculo limitado. De los *cahiers de doléances*, declaraciones de quejas y propuestas de reforma formuladas por centenares en toda Francia a principios de 1789 para guiar a los estados generales, se reunieron los del tercer estado muestran pocas huellas de 1789, niento o aun de la fraseología de la Ilustración. Lo que resquebraja es el único gran pensador del siglo cuya influencia es visible en ellos. Aun en los del clero y de la nobleza, es rara la influencia intelectual de esta Ilustración no era en general el pensamiento de esta forma a la monarquía como una institución. El desplome de 1787-89 fue el resultado no sólo, ni aun principalmente, de sufrimientos y esperanzas, sino de la historia de Francia durante las dos o tres generaciones anteriores, algunos de cuyos aspectos han sido descritos en grandes rasgos en los capítulos anteriores. Fue resultado, sobre todo, de la imposibilidad de superar, a incluso de enfrentarse a los verdaderos problemas del país que marcaron esa historia. Otros grandes estados —Rusia, España, el Imperio de los Habsburgo— tenían, en diferentes formas, problemas sin resolver aún más serios que los de Francia. Pero en ninguno de

estos estados eran tan activas, tan conscientes de sí mismas y tan potencialmente poderosas las fuerzas de la monarquía y el régimen político y social existentes.

El resultado inmediato de los sucesos de 1787-89 en Francia, en cuanto a Europa se refería, fue su temporal debilitamiento, y de hecho su nulificación como un factor en las relaciones internacionales. Esto recibió muy buena acogida por parte de varias potencias. Imposibilitó a Francia para ejercer sobre la República Holandesa la clase de dominio con que la había amenazado durante varios años y, por consiguiente, complació mucho a Prusia y sobre todo a la Gran Bretaña. En septiembre de 1787 un ejército prusiano destruyó, con ayuda británica, el poder del partido patriota francófilo en las provincias holandesas, y restituyó la autoridad del estatíder Guillermo V, cuya esposa era hermana de Federico Guillermo II de Prusia. El desmoronamiento del antiguo régimen determinó sobre todo que Francia no pudiera desempeñar un papel activo en la nueva guerra ruso-turca que se desató en agosto de 1787.

Esto también tenía raíces en el pasado. Surgió en parte de motivos de queja inmediatos, especialmente por el resentimiento turco ante el desarrollo del poderío ruso en el Cáucaso (donde la mayor parte de Georgia pasó a ser protectorado ruso en el verano de 1783). Pero detrás de estos motivos de queja estaban el miedo y el odio que se habían acumulado en Constantinopla debido a una larga historia de conflictos con Rusia, y los cuales habían alcanzado su punto culminante por la guerra de 1768-74 y la ocupación rusa de Crimea en 1783-4. A partir del estallido de

este nuevo conflicto ruso-turco, había de originarse durante los tres años siguientes la crisis internacional más compleja que hubiese visto Europa desde el fin de la Guerra de Siete Años. Muy en contra de su voluntad José II, como aliado que era de Catalina de Rusia desde 1781, declaró la guerra a La Puerta Sublime en febrero de 1788. Gustavo III de Suecia con la esperanza de recuperar los territorios Bálticos perdidos ante Rusia en 1721, la atacó inesperadamente en julio y firmó una alianza y un tratado de subsidio con los turcos, un año después. La hostilidad de Prusia hacia el Imperio de los Habsburgo y la de la Gran Bretaña y Prusia hacia las ambiciones de Catalina II hicieron que para 1790-91 Europa, por primera vez en más de un cuarto de siglo, estuviera al borde de una crisis de dimensiones continentales y no meramente regionales. Sus resultados están fuera de los límites cronológicos de este libro. Gustavo III hizo la paz con Rusia en agosto de 1790, y Leopoldo II, hermano y sucesor de José II, la hizo con los turcos en agosto de 1791. Fue sólo en enero de 1792 cuando Catalina firmó el Tratado de Jassy con los turcos. Empero estas complejas contendas habían vuelto a poner de relieve temas y problemas ya visibles durante toda la historia de la Europa del siglo XVIII. El poderío potencialmente grande de Rusia, entonces por muchas razones el más grande Estado europeo, se había mostrado de nuevo, así como también la vulnerabilidad del decadente Imperio Otomano, la debilidad de los territorios de los Habsburgo como resultado de sus dificultades internas y de su expuesta situación geográfica, y lo encarnado de la rivalidad Habsburgo-Hohenzollern, la cual fuera iniciada por Federico II al invadir Silesia en 1740.

En el nivel internacional, la historia de Europa durante el período que abarca este libro estuvo dominada por la guerra y la codicia de territorios. Las primeras décadas del siglo vieron la violenta destrucción de los imperios europeos de España y Suecia; los años centrales, el engrandecimiento de Brandeburgo-Prusia por medio de la guerra; y las décadas de 1760 y 1770 una nueva etapa en el reparto del Imperio Otomano, así como el principio del fin de Polonia. Por primera vez, las potencias de Europa efectivamente eran parte de un sistema de un solo Estado, aun cuando era uno dominado por el miedo y la codicia en un grado difícilmente igualado durante la mayor parte de los cien años posteriores a 1815. Sin embargo, muchos de los principales acontecimientos internacionales que presenció el siglo XVIII —el sorprendente crecimiento del poderío ruso, la gran expansión del Imperio británico, y probablemente incluso la relativa decadencia de Francia— podrían haber sido predichos en 1713, por un observador perspicaz. Lo único que no se podía haber vaticinado entonces fue el surgimiento de Brandeburgo-Prusia como un Estado de primera línea o muy cercano a ella.

Dentro de este sistema de estados, cada vez más unificado, la diversidad social, económica y administrativa entre las diferentes regiones de Europa, y aun del mismo Estado, acaso fuese tan grande en 1789 como lo fuera a la muerte del rey Luis XIV. Las luchas de los despotas ilustrados, de los ministros reformadores, de manufactureros y tecnólogos innovadores y de los pensadores y escritores radicales no fueron en vano. Pero hasta entonces el efecto de sus esfuerzos en la mayor parte del Continente había sido poco

más que superficial. De hecho, el verdadero cambio económico y social, en los lugares en donde se llevó a cabo, frecuentemente profundizó y agrandó el abismo entre las diferentes partes de Europa. Al empezar a desarrollarse la Revolución Industrial en la Gran Bretaña en los últimos años del período, y al empezar a atraer ligeramente a Francia, a los Países Bajos austriacos y a muy pocas regiones de Alemania, tendió a acentuar mucho más el contraste con el atraso económico y tecnológico de la Europa oriental y de gran parte de la Europa central. El mismo contraste es visible, aunque con menos claridad, en la estructura de la sociedad. Mucho antes de que comenzara la Revolución Industrial, el crecimiento de los pueblos, del comercio y, en menor grado, de la organización financiera, había producido en las partes más adelantadas de la Europa occidental un avance —por muy lento e incierto que fuese— hacia un tipo más moderno de sociedad, en el cual la posición estaba basada cada vez más en la riqueza. Los impedimentos con que topó este movimiento en Francia, sobre todo durante la generación anterior a 1789, fueron los que generaron en la burguesía francesa el temperamento potencialmente revolucionario que subitamente se manifestó en 1789. En cambio, en casi la totalidad de la Europa central, la sociedad seguía siendo tradicional e incluso medieval, si puede decirse. Allí seguía estando basada en "órdenes" y dominada más completamente que en el Occidente por terratenientes, en tanto que Rusia y el Imperio Otomano ya habían desarrollado, en diferentes formas, sociedades peculiares que tenían poco en común con las de la Europa occidental, o aun de la Europa central.

Al considerar en conjunto a las dos o tres generaciones anteriores a 1789, la impresión predominante que dejan en el observador es de estabilidad y de resistencia al cambio. La mayoría de los europeos de este período estaban más cerca del siglo XIII que del XX en sus vidas económicas y sus relaciones sociales. Pero no se debe exagerar este conservadurismo. Fue sobre todo en la vida intelectual donde hubo cambios y desarrollo. Algunas veces, como en las ideas artísticas, literarias e incluso políticas, este crecimiento fue confuso y falto de claras líneas de desarrollo. Sin embargo, en otros aspectos, especialmente en las ciencias físicas, fue consistente y acumulativo. Sobre todo, contribuyó con dos elementos, mutuamente incompatibles, al siglo siguiente: echó los cimientos del romanticismo en la literatura, el arte y las ideas políticas, y plantó la semilla de la idea, potencialmente muy peligrosa para cualquier *status quo*, de que la felicidad puede ser y debe ser la condición normal de la vida humana. Aún más, la súbita aceleración en el ritmo de cambio que se observa después de 1780, señala un punto decisivo en la historia de Europa y del mundo. En América se había fundado, en condiciones singulares y favorables, un nuevo Estado independiente, de orígenes europeos, pero que en algunos aspectos era bastante no europeo. Este Estado, según lo observaron los contemporáneos, con el tiempo podría opacar a los de Europa. El industrialismo moderno, que no se podía limitar por mucho tiempo a su patria, la Gran Bretaña, estaba empezando a cambiar la vida del hombre común —aun cuando esto todavía apenas era visible más radicalmente que cualquier otra cosa desde los tiempos neolíticos. La difusión de las ideas por

medio de la palabra impresa estaba tomando proporciones hasta entonces desconocidas; algo así como una opinión pública moderna estaba empezando a ser posible en algunas partes de Europa, con todo lo que ello implicaba para la vida política, tanto dentro de los estados como internacionalmente.

Todavía nos encontramos lejos del mundo moderno en 1789. De hecho, una Europa en la cual la sociedad seguía estando tan fragmentada y seguía siendo tan tradicional casi en todas partes, una Europa sin alfabético o ejercicios de masas, o sin la idea, excepto en los escritos de muy pocos visionarios, de cualquier participación de las masas en la política, estaba todavía muy lejos de ser lo que es actualmente. Sin embargo, era parte de la tierra de la cual brotó el mundo moderno; y ese crecimiento se hizo inconfundible con el estallido de la Revolución en Francia.

Fuente: La Europa del siglo XVIII (1713-1789) Anderson M.S Fondo de cultura económica.

#### ACTIVIDAD

- 1) Leer los 2 documentos subidos e identificar las multicausalidades que generaron la revolución Francesa
- 2) ¿Existen similitudes entre ambos textos? Cuáles.

Suerte con la lectura realizarla para el jueves próximo nos vemos saludos Javier